

LA FILOSOFÍA DE KANT Y SU IMPORTANCIA PARA LA POSTERIDAD

José Alfonso Villa Sánchez
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

¿Por qué la filosofía de Kant es importante para nosotros? ¿Por qué su obra y su pensamiento siguen vigentes en nuestro siglo? ¿Acaso es suficiente responder que su importancia actual se debe a la “revolución copernicana” que llevó a cabo sobre la conceptualización de la relación entre las cosas y la razón? En todo caso, se puede decir que sí, que esa inversión en los términos de la relación, que hasta ese momento se daba como natural, entre la razón y las cosas tiene a Kant vigente entre nosotros: porque a fuerza de que efectivamente la razón pone mucho para conocer las cosas —como lo demuestra la *Crítica de la Razón Pura*—, parece que no lo pone todo porque, como el propio Kant lo sabe, la razón humana no es una razón creadora sino sólo sintetizadora. De modo que lo que hoy sigue siendo un problema es determinar los límites de aquello que es de la razón y de lo que es de las cosas, y el modo como éstas quedan en el nuevo orden del mundo.

Hace ya algunas décadas que soplan vientos, cada vez más fuertes, de crítica a la modernidad filosófica encarnada en Descartes, pero también en los ilustrados franceses y, sobre todo, en Kant. Un lugar común en esta crítica consiste en señalar el exacerbado y hasta entusiasta racionalismo que ve en las obras de estos autores apologías de un humanismo pagado de sí mismo, que espera por fin la redención definitiva del hombre, con el progreso irremediable bajo control.

Con lo que haya de verdad en una apreciación de este tipo, lo cierto es que una mirada que se acerque más, que haga las distinciones correctas y los deslindes adecuados, habrá de matizar su perspectiva necesariamente. Porque, si bien es verdad que el siglo XX ha padecido los excesos del racionalismo ilustrado y ha sido testigo de barbaridades en nombre de la idea de un progreso racional, es verdad también que esos excesos no son el único contenido que hoy nos queda de aquella racionalidad. ¿Por qué en una época como la nuestra, crítica con la modernidad, un pensador como Kant sigue siendo un interlocutor obligado, con una palabra potente que tiene aún mucho qué decir? Porque en los excesos y defectos que ha heredado, nuestra época no es todavía una época ilustrada, es decir, una época que sepa contener la razón con la razón, una época que sepa que en los diferentes ámbitos de la vida, tales como lo teórico y lo práctico, la propia razón se dice de diferentes maneras, se aplica de diferentes formas. Nuestro siglo quizá no es aún un siglo ilustrado porque no ha llevado a cabo aún su propia crítica a la razón, sino que vive todavía de los impulsos de la que ya hizo Kant: así se trate de la filosofía del lenguaje, de la fenomenología y de la propia hermenéutica.

Si bien hay varios motivos por los cuales Kant debe ser tenido hoy en día como un filósofo clásico, como uno de los más insignes pensadores de Occidente, mostrar que hay conceptos formales, superiores a los universales venidos de abstracciones, es una de sus contundentes aportaciones al progreso de la filosofía, ya que de esta manera demuestra que el sujeto no es una mera sustancia ni tampoco el resultado de una mera síntesis. La historia de la filosofía se sostiene a sí misma desde aquellos espíritus que han sabido abrir, desde la tradición que han recibido, ámbitos nuevos al filosofar, impelidos por la fuerza misma de las cosas en su propio tiempo. Kant supo tomar el pulso de su época y tuvo el arrojo, la disciplina de trabajo y la inteligencia para inyectarle a los problemas filosóficos unos impulsos de los cuales aún hoy la filosofía se alimenta en gran medida. Más allá de los contenidos de su filosofía en la parte teórica, en la parte práctica, o en lo que él llama la facultad del juicio, es de

destacar su esfuerzo por mostrar, por un lado, que en el conocimiento no todo es meramente empírico y, por otro, que el papel fundamental de la razón no consiste en llevar a cabo abstracciones mentales, sino que la razón tiene una estructura formal sintetizadora cuya naturaleza es a priori.

Mientras Hume terminará despertando a Europa de sus sueños dogmáticos sobre la hipóstasis de la sustancia y le obliga a voltear la mirada hacia la realidad de lo empírico, Kant tendrá la inteligencia para mostrar que en la afirmación enérgica del *cógitio* por parte de Descartes hay unas estructuras formales que rebasan todo contenido empírico en las que dicho contenido precisamente toma forma. La razón de Descartes por un lado, y la experiencia de Hume por otro, quedan recogidas en la razón trascendental de Kant. Sin embargo, el empirismo epistemológico, con el impulso de los logros y éxitos de la ciencias naturales y su método experimental, tendrá una presencia constante en las décadas y siglos posteriores a Kant, de modo que el esfuerzo por mostrar que hay una estructura formal que la razón pone en todo conocimiento no es aún una batalla ganada y esfuerzos en el mismo sentido aparecerán de nuevo en el siglo XIX y XX por los embates cada vez más fuertes de metodologías empiristas de la investigación que amenazan con disolver al sujeto en un cúmulo infinito de fenómenos.

La afirmación de una estructura formal de la razón, su exposición y análisis, sigue siendo determinante para que el conocimiento científico que va generándose encuentre su ubicación en el marco de lo formalizado por la razón, más allá de lo empírico e incluso de lo universal.

Es verdad que su famosa revolución copernicana fue demasiado lejos, que la metáfora se la tomó no pocas veces muy al pie de la letra, y que el sujeto formal vino a ser el agujero negro que engulló toda la realidad para regresarla como mero objeto fenoménico. Para evitar los excesos a los que las lecturas parciales de Kant han llevado, la recepción de su filosofía no debe olvidar que la razón pura es también práctica, y que media entre ellas constantemente el ejercicio del discernimiento.

Dado que esa estructura formal de la razón se extiende y abarca también esa facultad que es la sensibilidad, esta misma no queda abando-

nada a los avatares de una movilidad desordenada sino que también ella funciona sobre una estructura cuyos orígenes de ninguna manera pueden estar en la experiencia. El hecho de que incluso la sensibilidad tiene una forma abrirá la posibilidad de los desarrollos posteriores de la estética.

Al mostrar que la razón es trascendente a la experiencia, que son las cosas las que se entregan a las categorías para poder ser pensadas —y no al revés—, que la razón recoge de las cosas en gran medida lo que ella misma ha puesto, el mundo, es decir, la totalidad de lo que hay, queda organizado de otra manera. En el afán sistemático de una mente como la de Kant está el imperativo de mostrar la aplicación de esa estructura formal de la razón tanto al campo del conocimiento científico, como al campo de la ética y del arte, lo cual hará exitosamente. En la aplicación a estos diferentes campos, la razón deberá mostrarse en sus alcances y en sus límites en cada caso; y Kant será capaz de mostrar, al mismo tiempo, que esa estructura formal de la razón, así como su plasticidad para la formalización en cada campo, puedan llevarse a cabo según las posibilidades ofrecidas por las cosas.

Con la revolución que ha puesto al sujeto racional y formal en el centro de todas las cosas, y convierte a éstas en objetos fenoménicos para la razón, se logra una explicación sistemática del todo, quedando integrados en ese todo lo relativo a la vida teórica y también lo relativo a la vida práctica.

La responsabilidad por su propio tiempo, la capacidad de trabajo riguroso y sistemático, y un esfuerzo por pensar el todo como todo, son sólo algunas de las cosas que Kant ha heredado a la posteridad, materializadas en sus grandes obras.